

los Cristianos creían agrandar *al dios de amor* con actos parecidos á los que agradan á las divinidades diabólicas de los Caníbales.

Los resultados á que más adelante llegaremos, nos obligan á mentar otra verdad general, la única que falta manifestar, y tan evidente, que casi no merece la pena de hacerlo. El acto de tomar trofeos va directamente unido á la fase militante. Toma nacimiento durante la fase primitiva, enteramente absorbida por la lucha contra los animales y los hombres; se desarrolla al mismo tiempo que crecen las sociedades conquistadoras en las que las guerras perpetuas engendran el tipo de estructura militar; disminuye á medida que la industria en vías de crecimiento sustituye cada vez más con su actividad productiva la destructiva; y finalmente, puede decirse que el industrialismo completo necesita la desaparición completa de aquel acto.

Fáltanos, no obstante, indicar la significación principal del acto de tomar trofeos. La razón de comprenderle en la materia del gobierno ceremonial, aun cuando no pueda llamársele una ceremonia, es la que puede explicarnos una multitud de ceremonias por todas partes en boga entre los pueblos no civilizados ó semi-civilizados. De la costumbre de cortar y arrebatar partes del cuerpo muerto, salió la costumbre de cortar partes del cuerpo vivo.

MUTILACIONES

Facilitará más nuestra tarea si reunimos indirectamente los hechos y las conclusiones que debemos deducir.

La antigua ceremonia de la investidura en Escocia, terminaba de la manera siguiente: «El apoderado del superior se inclinaba, cogía una piedra y un puñado de tierra y lo entregaba al apoderado del vasallo, confirniéndole con esta formalidad la *posesion real, efectiva y material* del feudo (1).» En un pueblo poco civilizado, muy apartado de Escocia, se encuentra una formalidad análoga. El Khon, cuando vende su pedazo de tierra, invoca á la divinidad del lugar y la pone por testigo de la venta, «después entrega un puñado de tierra de su predio al comprador (2).» De los ejemplos en los cuales vemos expresar la

(1) John Hill Burton. *History of Scotland from Agricola's Invasion*. Edimb., 1867, I, 398.

(2) Macpherson. *Report upon the Khonds, etc.* 46.

transferencia del suelo por medio de esta formalidad, podemos pasar á aquellos en que se emplea una formalidad análoga para ceder el suelo en demostración de sumisión política. Cuando los Atenienses pidieron auxilio á los Persas contra los Espartanos, después del ataque de Cleomeno, exigióse de ellos en cambio de la protección que solicitaban, un reconocimiento de sumisión, y este reconocimiento se cumplimentó mandando un presente de tierra y agua. En las islas Fiji un acto análogo tiene análoga significación. «El *soro* con su cuévano lleno de tierra... tiene generalmente relación con la guerra. La parte más débil lo ofrece para significar que cede sus tierras á los vencedores (1).» Lo propio en la India. «Cuando Tu-uen-hsin mandó, há diez años, su *Panthay* en comisión á Inglaterra, los miembros que la componían llevaron consigo trozos de piedra arrancados de los cuatro ángulos de la montaña (Tali), lo que era la expresión más formal de su deseo de hacerse feudatario de la corona británica (2).»

Consistente, pues, el acto en dar únicamente una parte en lugar del todo cuando el todo no puede transmitirse por un procedimiento mecánico, es una ceremonia simbólica; pero aun antes de recurrir á la interpretación que vamos á dar, podemos decir que esta ceremonia se acerca todo lo posible á la transferencia efectiva. No obstante, no estamos obligados á considerarla como un artificio intencionalmente inventado; por el contrario, podemos relacionarla con una ceremonia de un género más sencillo que la aclara y es á su vez aclarada por ella. Me refiero al acto de dar una parte del cuerpo del hombre para dar á entender que se cede su totalidad. En las islas Fiji, cuando los tributarios se acercan á sus señores, un mensajero les grita: «Es menester que os cortéis vuestros *tobes* (mechones de pelo que llevan en forma de cola) (3),» y se los cortan. Diráse tal vez que este acto es también un acto simbólico, un artificio intencionalmente inventado más bien que un acto que derive naturalmente de otro. Llevemos un poco más allá nuestro estudio, y volveremos á hallar el hilo que nos conducirá al acto del cual éste naturalmente deriva.

Primeramente, recordemos el honor que va unido al hombre que aumenta el número de estos trofeos. Entre los Shoshones por ejemplo, «el guerrero que mayor número de cabelleras conquista es el que más gloria alcanza (4).» Una-

(1) Williams and Calvert. *Fiji and the Fijians*. London, 1860, I, 31.

(2) E. C. Baber. *Notes of a Journey through Western Yunnan*. Foreign Office Papers, 1877.

(3) Capt. Erskine. *Journal, etc.* 424.

(4) Bancroft. *The Native Races, etc.* I, 433.

mos á este hecho lo que dice Bancroft sobre el tratamiento que los Chichimecas hacen sufrir á los prisioneros de guerra. «Con frecuencia, dice, se les arranca el cuero cabelludo, y sus verdugos se cubren la cabeza con los sangrientos trofeos (1).» Preguntémosnos lo que sucede cuando el enemigo á quien se ha arrancado la piel del cráneo sobrevive y pasa á ser propiedad del que le hizo prisionero. Este conserva la cabellera y la añade á sus trofeos; el vencido se convierte en su esclavo, y la pérdida de su cabellera es la señal de su esclavitud. Hé aquí los comienzos de una costumbre que puede fijarse cuando las condiciones sociales hacen que el vencedor encuentre una ventaja en conservar á sus enemigos vencidos en lugar de comérselos. El salvaje, conservador como es, modificará su costumbre tan poco como posible sea. Al propio tiempo que la costumbre nueva de reducir á esclavitud á los cautivos se establece más sólidamente, subsiste la antigua costumbre de cortar del cuerpo las partes que sirven de trofeo sin que disminuya este cercenamiento el valor de sus servicios: en definitiva, los vestigios de la mutilacion se convertirán en las señales de la sujecion. Poco á poco á medida que la infliccion de estas señales se identifica con el signo de la esclavitud, se adquiere la costumbre de señalar á los prisioneros de guerra; se va más allá todavía, se marca á los que nacen de ellos, hasta que al fin el estar marcado es la señal comun de la sujecion.

La historia de los Hebreos nos enseña que la aceptacion voluntaria de una mutilacion puede llegar á ser la comprobacion de una esclavitud consentida. «Entonces Nahash Ammonita subió y se puso en guardia contra Jabesh de Galaad: y todos los Jabesh dijeron á Nahash: trata la alianza con nosotros y te serviremos. Pero Nahash Ammonita les contestó: Trataré alianza con vosotros bajo condicion de que os salte á todos el ojo derecho.» Consentian en hacerse vasallos suyos, y la mutilacion (en la que no consintieron) era la señal de su vasallaje. Por una parte, las mutilaciones sirven, como las marcas con un hierro enrojecido que el agricultor imprime en sus carneros, de señal á la propiedad privada primeramente, y más tarde á la propiedad política; por otra, sirven tambien para recordar á perpetuidad el poder del dueño, manteniendo á manera de advertencia el temor que obliga á la obediencia. Un hecho histórico nos da una prueba de ello. Basilio II hizo sacar los ojos á quince mil prisioneros búlgaros, y «se aterrorizó la nacion con este terrible ejemplo (2).»

(1) Bancroft. *The Native Races, etc.*, I, 629.

(2) Gibbon. *History of the Decline, etc.*, 975.

Añadamos que la huella de una mutilacion convertida en señal de una raza avasallada, continua siendo una muestra de sumision cuando el uso de adquirir trofeos que á la mutilacion diera origen, ha desaparecido, y examinemos las diferentes clases de mutilaciones, así como el papel que éstas desempeñan en las tres formas de gobierno, política, religiosa y social.

Cuando los Araucanos van á la guerra, mandan mensajeros para convocar á las tribus confederadas; estos mensajeros llevan consigo flechas de cierta forma como señal de su mision; y «si las hostilidades se han roto realmente, añádesse á las flechas el dedo, ó como vió Alcedo, la mano de un enemigo muerto (1),» nuevo ejemplo que puede añadirse á los que ya hemos visto, de manos cortadas en señal de victoria.

Tenemos la prueba de que en ciertos casos se lleva del campo de batalla á vencidos vivos cuyas manos fueron cortadas á guisa de trofeos. El rey Osymandyas sujetó á los Bactrianos revueltos, y se le vé «en el segundo lienzo de pared» del templo que le está consagrado, «llevando prisioneros que carecen de manos (2).» A no dudarlo, puede cortarse al vencido una mano para hacer de ella un trofeo, sin arriesgar mucho su vida; pero la pérdida de este miembro disminuye mucho el valor de un esclavo para que deje de preferirse la adquisicion de otro trofeo á expensas suyas.

No puede decirse otro tanto de la pérdida de un dedo. Hemos visto que algunas veces se toman los dedos como trofeos; y la Biblia demuestra que en ocasiones se dejaban vivir en la esclavitud los enemigos vencidos mutilados con la pérdida de dedos. Leemos en el libro de los *Jueces*, I, 6, 7: «Adoni-Bezek (el cananeo) huyó, pero le persiguieron, y habiéndole alcanzado le cortaron los pulgares de las manos y los piés. Entonces Adoni-Bezek dijo: Yo tuve setenta reyes con los pulgares de piés y manos cortados, quienes recogian bajo mi mesa lo que de ella caia. Dios me ha hecho lo que yo hice á los demás.» De ahí proviene que en diferentes partes se cortaran dedos y se les ofreciera como don propiciatorio á los jefes vivos, así como á los jefes y á los padres muertos. Los sanguinarios Fijianos, que llevan al último extremo su fidelidad á déspotas caníbales, nos ofrecen muchos ejemplos de ello. William relata las consecuencias de un insulto. «Un mensajero, dice, fué enviado al jefe del autor

(1) Thompson. *Alcedo's Geograpy and Historical Dictionary of America, etc.* London, 1812, I, 406.

(2) Prof. Max Dnncker. *The History of Antiquity*. I, 174.

de la ofensa para exigirle una satisfaccion que fué inmediatamente concedida, añadiendo á ella los dedos de cuatro personas para aplacar al jefe irritado (1).» En otra ocasion, á la muerte de un jefe, «dióse orden de cortar cien dedos; pero no se cortaron más que sesenta; una mujer perdió la vida á consecuencia de la amputacion.» Habla en otro punto de la mano de un niño que «estaba cubierta por la sangre que manaba del muñon, y de la cual poco tiempo antes se habia cortado el dedo meñique como prenda de satisfaccion para su padre muerto.» En otra parte se halla la práctica propiciatoria para con los muertos, consistente en ofrecerles dedos cortados. Entre los Charruas, cuando moria el jefe de la familia, «sus hijas, su viuda y sus hermanas, tenian cada de ellas el deber de hacerse cortar una falange de un dedo, y renovábase la amputacion cada vez que llegaba á morir un pariente de la misma categoría. Comenzábase por el dedo meñique (2).» Entre los Mandanos, la manera general de expresar el dolor experimentado por la muerte de un padre «consistia en perder dos falanges de los dedos meñiques, y á veces de los demás (3).» Hallábase en los Dacotas otra costumbre, así como tambien en otras tribus americanas. El sacrificio de la amputacion de un dedo que se hacia al espíritu de un padre ó de un jefe fallecidos, para demostrar la sumision que les habria aplacado á estar vivos, se convertia por otra parte en un sacrificio al espíritu elevado á la dignidad divina. «Durante el tiempo de su iniciacion, el jóven guerrero mandano presenta al Gran Espíritu el dedo meñique de su mano izquierda, y le manifiesta por algunas palabras que quiere hacerle el sacrificio de él; luego lo apoya sobre el cráneo disecado de un bisonte, y otro mandano se lo corta de un hachazo al nivel de la mano.» Los naturales de las islas Tonga hácese cortar una parte de su dedo meñique en sacrificio hecho á los dioses para obtener la curacion de un padre enfermo (4).

Esta mutilacion que en un principio expresa la sumision á seres poderosos vivientes y muertos, parece que se hace el signo de una dependencia doméstica. Los Australianos acostumbran cortar la última falange del dedo meñique de las mujeres (5), y «una viuda hotentota que casa en segunda nupcias ha de dejarse cortar la falange unguicular del meñique: á las terceras nupcias

(1) Williams and Calvert. *Fiji, etc.* 1, 30, 197, 177.

(2) R. J. Hutchinson. *The Parana*. London, 1868, 48.

(3) Lewis and Clarke. *Travels*. 86.

(4) W. Mariner. *Account of the Native, etc.* II, 210.

(5) Sir T. L. Mitchell. *Journal*. II, 346.

pierde otra falange, y así sucesivamente cada vez que contrae nuevo matrimonio (1).»

Lo que demuestra que estas mutilaciones propiciatorias de las manos se llevan á cabo de la manera que ménos comprometa la utilidad del individuo, es que por regla general empiezan por la última falange del dedo meñique y que no afectan las partes más importantes de la mano, sino cuando hay necesidad de multiplicar aquellas mutilaciones. Finalmente, podemos añadir que, cuando la amputacion de la mano reproduce la mutilacion que primitivamente se imponia al cadáver de los enemigos muertos, es que en este caso no se propone por objeto la utilidad del individuo; esto sucede cuando el tratamiento infligido al enemigo exterior se aplica al enemigo interior, al criminal. De la pérdida de la mano hacian los Hebreos el castigo de cierta clase de crímenes. (*Deuteronomio*, XXV, 11, 12). En el antiguo Egipto, los falsarios sufrían la pérdida de ambas manos (2). «Dióse orden de cortarles las manos, lo cual constituye en el Japon el cúmulo del deshonor.» Trátase de un individuo que se habia hecho culpable de un crimen político (3). En la Europa de la Edad Media cortábanse las manos en castigo de ciertos crímenes.

Relaciones recientes de viajeros que recorrieron el Oriente en estos últimos tiempos, prueban que algunos vencidos á quienes los vencedores hicieron sufrir la pérdida de la nariz, ya lo hayan hecho estando incontestablemente vivos ó por creerles muertos, sobreviven, y que esta mutilacion es entre ellos la señal de su derrota. Por consiguiente, la pérdida de la nariz puede convertirse en signo de esclavitud, y tal sucede en ciertos casos. Herrera dice que un pueblo de la América Central retaba á los pueblos vecinos cuando «carecia de esclavos; si sus enemigos no aceptaban el reto, asolaba su país y cortaba las narices á los esclavos (4).» Ramseyer cuenta una guerra que hizo estragos durante su cautividad entre los Ashantes; sucedió que éstos perdonaron la vida á un prisionero «al cual raparon la cabeza, cortaron la nariz y las orejas, y se le redujo á llevar el tambor del rey (5).»

En este caso, la pérdida de la nariz va acompañada de la de las orejas, de la que ahora vamos á ocuparnos. Se la puede explicar tambien como una

(1) John Finkerton. *General Collection*. Voy. XVI, 141.

(2) Sir Gardner Wilkinson. *The manners and customs of the Ancient Egyptians*, London, 1847, I, 307.

(3) Mrs. Busk. *Manners and Customs of the Japanese*. London, 1847, 241.

(4) Ant. de Herrera. IV, 135.

(5) Ramseyer and Kuchner. *Four Years in Ashant'e*. 216.